

duras. A «Shorthand» no le gustaron, y entonces su prima salió a la escalera y llamó a la vecina para que viniese. Vino. Era una mulata, yo creo que con un ojo de cristal o, por lo menos, un poco mortecino.

—A mi primo le gustan las tetas gordas—dijo Rita—. Anda, Lumière, enséñales las tuyas.

Aquello fue tremendo. Lumière se desabrochó la blusa y sacó dos tetas negras con pezones más negros todavía, que eran lo más grande y lo más redondo que yo he visto en mi vida. La habitación se llenó de un olor dulce, pastoso, como cuando se abre un melón. Lumière era de Haití, y nos dijo que en su tierra todas las mujeres tienen las tetas así. Estuvimos hablando un rato y les tocamos muy bien todo a las dos para poder establecer comparaciones. Lázaro dijo que, a su juicio, lo importante no es el tamaño que tenga una teta, sino la suavidad de su piel y la calidad, que tiene que ser correosa, de los pezones.

Pero el caso es que «Shorthand» se quedó como si le hubiera dado un ataque, y ni siquiera miraba a la pobre Lumière. Es más, las chicas se desnudaron del todo y estuvimos haciendo tonterías, lavándolas con ginebra y cosas así, sin que «Shorthand» interviniera. De pronto se levantó, se puso la gorra y se fue sin decir nada. Tuvimos que quedarnos solos Lázaro y yo para acostarnos con las chicas, un rato con una y otro rato con otra, cambiando y tal. «Shorthand» no volvió nunca a mencionar nada que tuviese que ver con tetas ni nosotros tampoco.

Bueno, quería decirles que vivíamos bien, guardando nuestros secretos, sin que nos faltara lo justo y sin permitir que nos agobiasen los recuerdos, porque Lázaro nos servía de ejemplo constante. Habíamos aprendido que resulta estúpido tratar de recoger la leche vertida. Y así estábamos cuando apareció Melissa.

Una mañana fuimos a tomar café donde el judío Ben, después de ayudar a un amigo de la taberna a colocar su carromato en la feria de Leather Lane.

—Siempre estáis de un lado para otro—nos dijo Ben—; ya podíais cultivar un poco el espíritu.

Y nos enseñó un papel en el que se anunciaba un concierto en la iglesia de St. Martin-within-Ludgate, a un paso de San Pablo. El pastor tenía la costumbre de organizar conciertos al mediodía para que pasasen el rato los de las oficinas en su hora libre y para que se les borrasen los malos pensamientos. Algunos amigos nuestros iban por allí, porque los sacristanes repartían té con galletas a la gente y porque, al fin y al cabo, algo hay que hacer al mediodía. Aquella mañana iba a tocar el piano una vieja amiga de Ben, ¿Zoe Bobescu, quizá?, que acababa de salir de un hospital psiquiátrico.

Fuimos. Varanzaro, el milanés, estaba vestido con una sotana esperando a la gente a la puerta, como un sacristán elegante, todavía con los ojos turbios por la borrachera de la noche anterior. El vicario era gordito y sonrosado: a todos los metodistas les da por la simpatía y la justicia social. Ocho o diez personas, contándonos a nosotros, eran el auditorio, sentaditas todas en las primeras filas de bancos frente al piano negro colocado al pie del altar, un «Hazzen» viejo, despintado. La concertista, ¿Tania Warczinsky, tal vez?, era morena, seca, medio calva. Tenía rota una media, marrón, y se le veía un redondel de carne peluda. Nos dijo con voz muy finita que iba a tocar Children's Corner, de Debussy, y entonces me fue difícil remediar el recuerdo, mi padre en aquellas lejanas tardes soleadas, terribles, de los días de fiesta. Lázaro, «Shorthand» y yo nos dábamos con los codos a hurtadillas señalando el roto de la media de aquella señora, Bebé Markova o algo así, que tocaba bien, arqueando sus largos dedos sucios sobre el teclado. Nos daba risa.

—Hay una tecla rota—me dijo de pronto Lázaro, tronchándose.

Y una mano blanca apareció entre nosotros dos, desde atrás, nos golpeó en el hombro, nos zarandéó suavemente.

—Tengan respeto—nos dijo Melissa, y levantaba indignada sus oscuras cejas mirándonos suavemente cuando nos volvimos.

La Ludmila Strogonoff, a todo esto, había dejado de tocar y lloraba sobre el hombro del gordo metodista, quejándose del «mi bemol». «Deberían haberme avisado, deberían haberme avisado...»

Melissa nos esperó a la puerta. Era una de esas periodistas treintañeras, divorciadas, que de jóvenes fueron del Partido Comunista, que tuvieron un marido putero y charlatán y que luego se quedaron solas con un hijo y que viven con otra igual en un pisito de Chelsea. Una intelectual, me cago en ellos, segura de sí misma, frenética porque nos habíamos reído de la Sonia Svoboda aquella. Nos llevó al «Black Friar» a tomar un bocado, interesándose mucho por nosotros, por «Shorthand», que bebía en silencio su cerveza con lima; por Lázaro, que estaba sin afeitarse y olía un poco a ginebra; por mí, que olía aún más.

Yo sé cómo son esas mujeres. De joven, Melissa había sido muy delgada, pero con buenas piernas y buen culo. Seguramente había subrayado esas cosas con cinturones anchos, negros, sobre las caderas. Me la imaginaba, ya lo creo que me la imaginaba, con el pelo recogido en un pañolito, haciéndose la indignada en las manifestaciones de aquellos tiempos, gritando frente a la Embajada yanqui, en Grosvenor Square, haciéndose polvo los pies en las marchas antinucleares de Aldersmaston. Luego, lo del marido y viva la revolución, yerba, historias de brujos, muchachitas lánguidas jodiendo en los rincones de los retretes con el marido para no estar solas, muchachitas ávidas, pobres, entrenadas pre-

viamente por algún vendedor de hortalizas experto en desenrollar condones. Melissa dejaría de peinarse, aunque no de ducharse cuidadosamente como las buenas putas, y trataría de olvidar al marido y a la revolución sudando en un gimnasio, apuntándose a clubs feministas, recogiendo calcetines para los bebés ugandeses, acostándose con periodistas o con otros fracasados o con otros cerdos, todos ellos con un tocadiscos, o con un poema de Auden en el bolsillo, por si las moscas. La enseñaron entre todos a bajar la mano a tiempo y a preparar sandwiches y té en la madrugada. Todo lo que había tenido, las pantorrillas gordas, el himen, las trenzas, se fue quedando en las trincheras, en los sillones de los «parties» del sábado, tal vez entre profesorcitos como yo, mierda, entiéndanme, pura mierda aquella Melissa de manos blancas, frías, que, de pronto, posó sobre las piernas del pobre Lázaro mientras hacía mohines con la naricita y aparentaba cabreos con los grises, gastados ojos. Parecía uno de esos anuncios del Time Out, lesbiana madura, calva, aficionada a la cerámica etrusca busca joven amiga culta; dama de cuarenta años, atractiva, filatélica, desea compañero para pasar una semana en Mallorca, cincuenta mil maneras de afilarles el pirulí a Romano, Abdul o Nick, criados que esperan su turno en los meaderos, a la caza de abandonadas. Y pasaba su mirada sobre Lázaro como si le pasase la lengua.

Unos días después, cuando «Shorthand» y yo estábamos echando unos tragos en Lincoln's Inn Fields, viendo cómo unos tipos jugaban al tenis, llegó Lázaro con un paquete. Llevaba camisa nueva, de lanilla marrón, y unos pantalones de tweed, a cuadros verdes y pardos, y un chaleco de punto, y unas botas de piel de buey, formidables. Apenas hablamos. Dejó el paquete sobre el banco y lo abrió: un puñado de cigarrillos y dos barajas para «Shorthand». Dos libras y una botella de ron dominicano para mí. Luego se fue. Nunca más volvimos a saber de él. Nunca volvió por la taberna, ni a trabajar en el almacén de Lambeth, ni a tomar café donde Ben.

Cuando nos dijeron que había degollado a Melissa antes de tirarse al paso del tren en Charing Cross, nos dolió mucho, la verdad. Bueno, como yo le dije a «Shorthand», sólo se resucita una vez, no se le pueden dar a nadie muchas oportunidades. Siempre he creído que hicimos mal en ir aquel mediodía a oír tocar el piano a Sandra Fedorovna.

FELIPE MELLIZO